

Un Paseo Neo-Liberal por Argentina

Por Xabier Vila-Coia*

El pasado año estuve cuatro meses en Argentina investigando parte de su realidad social. Apenas recién llegado a la capital federal —ciudad en la que la miseria se asoma a las ventanas y camina por las aceras—, aprehendí casi instantáneamente la esencia de ese concepto que últimamente a tantos eruditos y profesores está haciendo famosos: la globalización consiste en viajar de Madrid a Buenos Aires (12.000 kilómetros de avión) y poder desayunar en un shopping, comer en un Mc Donald's, cenar en un chino y llamar por teléfono desde una cabina de Telefónica; eso sí, pagando todo ello en dólares, mientras las mujeres se venden en las calles, los niños se comen su hambre y los hombres se beben el fútbol. Concluí que aquel bello país (al cual mis antepasados gallegos habían emigrado a comienzos del siglo XX para instalar fábricas de conservas en Tierra de Fuego) debería de ser declarado oficialmente el primer Estado ateo del mundo, pues no hay divinidad, cristiana o no, que pueda vivir allí: créanme si les digo que el nivel de vida era casi el doble del de Madrid y el salario medio menos de la mitad. Por eso, para poder sobrevivir, muchos trabajadores se ven obligados a hacer como el dependiente de un concurrido establecimiento internacional de hamburguesas de la calle Callao (cuyas fotos saqué yo mismo): pluriemplearse en el mismo empleo para no perderlo. Entre hamburguesa y hamburguesa servida arreglada con martillo y cincel las baldosas sueltas de la acera. Ahora, después de todos los disturbios que ha habido, quizás no haya quedado ni una.

Pero el problema de Argentina no es la escasez de baldosas en las aceras. El problema de Argentina es la deuda externa. No entraré en la abstracción, siempre fría, de las cifras y las magnitudes macroeconómicas; bajaré a lo tangible y concreto.

Dicha deuda es la responsable de la paradoja de que, en cualquier capital europea, los productos y servicios más comunes puedan adquirirse a un menor precio que en Buenos Aires. Es, además, un tipo de deuda que no perjudica únicamente a empresas e instituciones financieras, sino también —y con especial crudeza— a consumidores y trabajadores.

El consumidor tiene la sensación de que cometen con él mil robos cotidianos: cada vez que va a comer o cenar; cada vez que coge un taxi o el autobús; cada vez que toma un refresco o una cerveza... Porque siendo el precio de los artículos y servicios elevado, no se justifica en altos costes de producción: ni la oferta productiva argentina incluye productos con un gran valor añadido, ni el nivel salarial medio es alto. Muy al contrario, el tejido industrial argentino es de corte tradicional y la calidad de su producción es ínfima (no les extraña si les ocurre, como a mí, que un simple candado no resista más de dos o tres cierres y aperturas consecutivas).

¿Y el trabajador? El trabajador normal; es decir, sin gran cualificación profesional, más que trabajador es esclavo. Las jornadas de trabajo diarias no tienen una duración determinada: tanto pueden ser de ocho

como de doce o catorce horas. Depende de las necesidades empresariales del momento. Las jornadas de descanso, excepto para la clase funcional, no respetan fiestas sagradas ni profanas. Es imposible, en Buenos Aires, saber cuándo un día es festivo; salvo que uno se haya preocupado previamente de buscar los números rojos en el calendario: los comercios abren como en un día laborable; los bares y cafeterías se llenan con las mismas personas, y la mayoría de los trabajadores desempeñan normalmente su ocupación. Muchos no disfrutan ni de un solo día de descanso semanal. Y todo ello a cambio de salarios de auténtica miseria. Salarios equiparables a la pensión mínima en España.

El problema de Argentina es la clase política. Una clase política, sin excepción, corrupta, oligárquica y endogámica como en pocas partes del mundo. No es necesario dar nombres; no es de buena educación,

pero están en la mente de todos. Los principales elementos de esa clase aparecen vinculados, en el imaginario popular y en la realidad judicial, al tráfico de drogas, al tráfico de armas y al tráfico de influencias. Recientemente, tuve la ocasión de presentar en la facultad de Ciencias Políticas de la UCM y en el Centro Social el Laboratorio de Lavapiés, el interesante documental "Matanza", del Grupo Documental 1º de Mayo. En él se refleja con meridiana claridad la fractura existente entre la clase política y la clase más popular: ni un indio, ni

un mestizo en el Congreso de la Nación; ni un blanco, con o sin corbata, en los cortes de carreteras.

El problema de Argentina son los 30.000 "desaparecidos" y los 30.000 que los están buscando. Los 30.000 "desaparecidos" porque, sin duda alguna, eran los jóvenes más valiosos y los más peligrosos para un *establishment* corrupto, decadente y ocioso que se sintió tan directamente amenazado por la fuerza de sus convicciones que

optó por aniquilarlos, sin compasión ni demora, mediante la fórmula magistral y cruel del terrorismo de Estado. El vacío que estos jóvenes luchadores han dejado en la vida económica, social y cultural es uno de los principales escollos que tiene que enfrentar la actual crisis global en aquel país.

Los 30.000 que los andan buscando —la mayoría integrados en la asociación HIJOS y en torno a las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo (algunas ya bisabuelas)— porque dedican demasiado esfuerzo a una causa que, aunque comprensible, ancla psicológica y actitudinalmente a una parte del país y de sus habitantes a un pasado que son incapaces de superar; como al pasado tienen anclada Perón y Evita de Perón a la otra parte de la población.

Mientras los argentinos y las argentinas no quieran enterrar definitivamente esas sagradas reliquias políticas, vivirán entre muertos. Y con los muertos no se construye el futuro; ni tan siquiera el presente ■

*Xabier Vila-Coia es Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología (soso5z8@sis.ucm.es)

